

29, Agosto, 1990

Adecuado, Despreocuparnos por lo de Irak

Repudio a la Unipolaridad

- ★ No Debía ni Considerarse Formar Parte del Conflicto
- ★ En Juego Muchas Cosas, Menos los Principios del País
- ★ Lo Primero Sería Desmantelar Aquí el Autoritarismo

LORENZO MEYER

Según despacho de la Associated Press (AP) del día 24, el Presidente Carlos Salinas declaró que si las Naciones Unidas se lo solicitaran, México estaría dispuesto a contribuir a la formación de una fuerza militar multinacional que actuará en el Golfo Pérsico. El Presidente afirmó que el objetivo mexicano sería: "contribuir a la estabilidad y el respeto a la soberanía que el mundo requiere".

La noticia de la AP en relación a la declaración presidencial es escueta y no permite saber con exactitud cuál es la interpretación del interés nacional mexicano que llevó al Jefe del Poder Ejecutivo de México a considerar que lo que realmente está en juego con el Golfo Pérsico es el principio del respeto a la soberanía de las naciones y una estabilidad que nos conviene. En contraste, se puede argumentar que el choque de intereses en esa turbulenta región nada tiene que ver con motivos altruistas y sí mucho con un conflicto de intereses entre un autoritarismo expansionista iraquí y los intereses energéticos de las naciones industriales de Occidente y Japón. En cualquier caso, antes de aceptar la hipotética invitación de la ONU a incorporarnos a una fuerza

Repudio a la Unipolaridad

Siue de la primera plana

multinacional, habría que llevar el asunto a un debate nacional, que debería tocar la definición de nuestro verdadero interés nacional.

La ONU, acicateada por los Estados Unidos, se ha manifestado en contra de la agresión de Kuwait por Irak del 2 de agosto. En principio, hay razones para que México se sume a la condena de esa invasión, pues México ha sido objeto en el pasado de agresiones internacionales y lo puede volver a ser en el futuro. Sin embargo, pasando del plano de los principios abstractos al caso concreto de las crisis del golfo Pérsico, resulta que tanto el agredido como el agresor —y los aliados de ambos— son realmente indefenibles.

Por un lado, Saddam Hussein es el líder de un sistema autoritario que tiene la peculiaridad de ser brutal con los opositores internos —ahí está el caso de los rebeldes kurdos, para probarlo— y extremadamente oportunista y agresivo con sus vecinos como bien lo supo en su momento irán, cuando Hussein lo invadió pensando que su crisis política tras la caída del Cha lo hacía una presa fácil Kuwait, el ahora agredido, auxilió entonces al gobierno agresor de Saddam Hussein por considerarlo el líder de la lucha contra el fundamentalismo islámico de los ayatolas.

Por otro lado, Kuwait es, como Arabia Saudita o los Emiratos Arabes Unidos, una sociedad feudal elevada al rango de Estado nacional moderno por obra y gracia de los intereses petroleros de las potencias industriales de Occidente —en particular de Gran Bretaña primero y de Estados Unidos después—, que de esa manera buscaron asegurar el control, indirecto de una parte importante de los enormes depósitos de hidrocarburos que están en el golfo Pérsico, y que hoy constituyen las dos terceras partes de las reservas probadas mundiales de un combustible que pese a todos los esfuerzos por sustituirlo, aún proporciona 40% de la energía que mueve al mundo.

En compensación por el buen desempeño de su papel de Estado cliente de las potencias industriales de Occidente, la familia al-Sabah y sus allegados tienen hoy una fortuna privada calculada en 50 mil millones de dólares y que, en buena medida, está en el exterior. Con una población de apenas 600 mil nativos y un total de 1.8 millones de habitantes, el gobierno de Kuwait controla en el exterior propiedades por cien mil millones de dólares, lo cual contrasta con la notable pobreza que caracteriza a las mayorías en el mundo árabe.

Tras la ocupación iraquí de Kuwait, Estados Unidos tomó la decisión de enviar al golfo Pérsico una fuerza de 125 mil hombres —a la que se le unirán por lo menos dos docenas de mil-

les de soldados y marinos—, cuyo mantenimiento de otras 17 nacionalidades excederá los gastos normales del Pentágono en 25 millones de dólares diarios. La razón verdadera en esta enorme movilización militar y política encabezada por el Presidente George Bush no es, ni remotamente, la restauración en su trono de una familia, feudal, ni tampoco la defensa de la soberanía de un país que, pese a ser miembro de la ONU, no es, ni remotamente, una verdadera nación. No da razones reales son otras.

Es normal que el Presidente estadounidense diga que tan extraordinaria y costosa movilización del ejército, armada, fuerza aérea y marines de Estados Unidos al golfo Pérsico, se hace en nombre de grandes principios: detener la agresión y castigar a aquellos que pretenden remplazar a la legalidad consagrada en la Carta de las Naciones Unidas por un sistema basado en la fuerza (discurso de Baltimore, del 20 de agosto), etcétera. Pero es igualmente normal que nadie crea en esas declaraciones, incluso dentro de los mismos Estados Unidos.

Al país que no hace mucho invadió Panamá sin aviso previo ni declaración de guerra, no se le puede creer cuando asume el papel de abanderado de los débiles contra la agresión militar de los poderosos. Lo que realmente busca Estados Unidos en el golfo Pérsico no es defender los principios aceptados por la ONU sino otros más antiguos: aquellos que dicen que los países periféricos no deben atentar contra los intereses básicos de las grandes potencias y salirse con la suya.

En efecto, para todos es claro que lo que realmente busca Estados Unidos al establecer el bloqueo de Irak, estacionar sus tropas en Arabia Saudita y exigir la desocupación de Kuwait, es impedir que directa e indirectamente Irak logre su propósito de dominar una región que tiene las mayores reservas probadas de petróleo en el mundo. Estados Unidos, con apenas 2% de la población mundial, consume 25% del petróleo que actualmente se produce en el planeta, y por ello necesita crudo externo barato y seguro. Además, en este momento la economía estadounidense se encuentra en el umbral de la recesión, y todo aumento al precio del petróleo se convierte en una fuerza que la empuja a la baja: es decir, que perjudica un interés nacional fundamental: su nivel de vida.

De contribuir México a dar un carácter de operación militar altruista y multinacional a lo que, de hecho, es una empresa estadounidense —como se hizo con la guerra de Corea a principio de los cincuenta— no sólo estaría nuestro país participando por la vía de la fuerza en un asunto que no es de su interés, sino lo que es peor: estaría contribuyendo a consolidar una situación internacional que

no le conviene, la transformación del sistema bipolar laxo que había al final de la guerra fría en uno unipolar, donde el campo de maniobra de las potencias pequeñas e intermedias como México sería menor que en el pasado.

Como bien lo advirtió hace poco el profesor Richard Spielman (*New York Times*, 21 de agosto), a la bipolaridad que caracterizó al sistema internacional durante la guerra fría no le está sustituyendo la multipolaridad sino la unipolaridad, con Estados Unidos como el único polo.

Dicho de otra forma, gracias a la crisis del golfo Pérsico, Estados Unidos ha tenido la oportunidad de mostrarnos que es la única gran potencia capaz de tomar iniciativas que implican el uso de la fuerza en los conflictos regionales en cualquier parte del planeta, y de crear situaciones que, a querer que no, obligan al resto de los miembros de la comunidad internacional a definirse.

Cuando el panorama mundial se enfoca desde la perspectiva de la capacidad para movilizar recursos bélicos propios y ajenos y ponerlos al servicio de los intereses nacionales, resulta que por razones históricas, las potencias económicas en ascenso —Alemania y Japón— tienen muy pocas posibilidades de hacerlo. Hoy por hoy, Japón y Alemania, simplemente no pueden traducir su gran poderío económico en poder militar. Por otra parte, la desintegración político-militar del bloque socialista y la concentración soviética en la solución de sus monumentales problemas internos, hacen que la URSS busque marginarse y no participar en conflictos regionales como el del golfo Pérsico, donde su interés vital no es directamente amenazado. De esta manera, casi por default, Estados Unidos, con todo y sus déficit y debilidad económica es hoy el único país que puede y desea jugar el papel de gran potencia internacional.

Si al gobierno mexicano le interesa castigar a los autoritarismos, lo adecuado sería que se despreocupara de Irak y se pusiera a dismantelar su propio y conspicuo autoritarismo. Si a nuestro gobierno le interesa oponerse a la agresión, pues entonces debería diseñar estrategias para lograr que Estados Unidos reintegre de inmediato su soberanía a Panamá. Si desea emplear su energía para hacer más seguro al planeta, entonces lo adecuado sería empezar por casa, restableciendo la seguridad en las urbes y el campo mexicanos.

En fin, no deberíamos ni siquiera considerar la posibilidad de ser parte de un conflicto militar al otro lado del mundo donde están en juego muchas cosas... menos los principios de política internacional que se supone que el gobierno de México debería defender. El interés nacional de Estados Unidos y el nuestro aún no coinciden al punto de hacer de la unipolaridad nuestra bandera.